

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción

Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

San Bernardo, núm. 131, 1.º

G I J Ó N

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

El coronel del Regimiento es hombre entrado en años, pero con todas las facultades en pleno vigor; especialmente la vista, no atenuada ni un grado, desde los 16 años, cuando de cadete era el primer tirador de la escuela en los ejercicios de tiro al blanco.

Le gusta en las tertulias leer y saborear párrafos clásicos, aforismos antiguos y a veces versículos del Kempis.

Está de tertulia en casa del Comandante con varios compañeros de armas entreteniéndolo con su amena conversación y chascarrillos; hoy le ha tocado el turno del comentario a un capítulo de la «Imitación de Cristo» leyendo con entonación, para hacer alarde de su vista, en letra tan menuda y a sus años y los comenta y lee con los reunidos.

«No se debe dar crédito a cualquier palabra ni a cualquier apariencia, mas con prudencia y espacio se deben examinar las cosas. No miréis las cosas por lo que parecen, sino por lo que son, que no es de hombres cabales dejarse engañar por las apariencias de fuera. Gran sabiduría es no ser el hombre inconsiderado en lo que ha de hacer o creer».

En esto el Comandante que oye la lectura desde el balcón ve a un oficialillo joven de su Regimiento, muy peripuesto y enguantado que pasa por la calle sin llevar puesto el sable como manda la ordenanza en determinados días.

—Oiga, oficial, haga el favor de subir, exclamó con tono serio el Comandante desde arriba.

El oficial se da cuenta rápidamente de que no lleva el sable y sube resignado las escaleras esperando el arresto de su Jefe.

Mientras se acerca al cuarto del Comandante medita lentamente en la explicación que puede dar de su falta y al llegar a la antesala una idea atrevida se le presenta como única solución; en la percha está colgado el sable del Coronel. Duda. Tiene miedo de que salga en aquel momento el Jefe de su Regimiento pero al fin hombre deci-

dido toma rápidamente el sable se lo cuelga y avanza audaz hacia el Comandante que le había salido al encuentro hasta el recibidor.

—A sus órdenes, mi Comandante.

—¿Qué oficialillos son estos que hay ahora que no sirven ni para llevar el sable? Me veo obligado a arrestarle a Vd... (en esto se fija que el aludido lleva sable; cambia de tono y continúa:—¡Ah! pero ¿trae Vd. sable? Pues ¿dónde le llevaba metido?... ¡Porque yo habría jurado que no lo traía usted por la calle... y tengo buena vista!...

—Pues a la vista está, mi Comandante.

—Nada, nada; puede Vd. retirarse... ha sido un error.

El oficial saludó, procuró hacer tiempo mientras desaparecía su Jefe y volvió a dejar el sable colgado en su sitio y echó de nuevo escaleras abajo, pensando entre sí:—Ló peor es si está otra vez en el balcón.

Y en efecto, el Comandante esperaba la salida del oficial.

Tuvo un momento de pánico el oficial; la plaza estaba limpia, no había escondite posible. Reaccionó al punto. Para la juventud no hay obstáculos. Y con aire marcial se lanzó a la conquista de aquel espacio vacío.

Aun no había llegado a la mitad de la calle, cuando resonó potente la voz del Comandante:

—Oficial, suba Vd. aquí otra vez; a ver donde lleva el sable.

Subió otra vez el muchacho las escaleras de tres en tres, no fuera que llegase antes que él a la antesala donde estaba el sable del Coronel; y bien justo llegó, pues apenas se lo había puesto al cinto, cuando ya le sintió acercarse por el pasillo echando tacos y berridos:

—¡Que va a llevar sable ese mono; si no puede con él... ¡Qué sable ni qué churro!...

El joven le salió al paso aparentando tranquilidad:

—A sus órdenes, mi Comandante.

Este, al ver el sable, se quedó un tanto perplejo; comenzó a dar vueltas en torno del oficial, miróle despacio el sable, se lo tocó, lo cogió en peso y

contemplando al muchacho murmuraba entre dientes:

—Si parece mentira... ¡pues lo lleva!... Bien dice el Coronel que engañan las apariencias. Y dando media vuelta le dice:

—Puede Vd. retirarse.

Volvió a dejar el sable el oficial, bajó de nuevo las escaleras y cerrando los ojos se lanzó resueltamente en el vacío.

No perdió un segundo el Comandante tampoco y se acercó rápidamente al balcón sin acertar a explicarse aquel enigma; y en cuanto le vio sin sable:

—¡Oficial, a la orden! gritó con voz de mando desde arriba; ¡alto ahí! ¡media vuelta!... ¡izquierda!... Pues no lo lleva el condenado, esto es diabólico. ¡Suba Vd. aquí, que vamos a aclarar de una vez el asunto!

Si antes subió el oficial de tres en tres los escalones, ahora los subió de seis en seis y no le sobró un segundo. Y cómo venía el Comandante, se había ceñido el sable y traía la mano en la empuñadura como si fuese a rajarse en dos al misero oficialillo.

Mas al tener delante al oficial que cuadrado militarmente ostentaba su sable reglamentario, quedó el hombre anonadado; dejó caer los brazos, palideció como ante un hechizo, se le apagaron los humos y murmuró con voz decaída:

—¡Pues lo lleva el muy canalla!

Para más cerciorarse lo golpeó con el suyo y... no había duda; quedóse mirándole con asombro y terminó con la orden de rúbrica:

—Puede Vd. retirarse. Y atraído por un impulso misterioso se encaminó de nuevo hacia el balcón.

Tantas idas y venidas y la creciente excitación del Comandante iban ya llamando la atención del Coronel y sus contertulios que no sabían de qué se trataba.

En el momento en que se asomaba el intrigado Comandante, el Coronel leía enfáticamente el siguiente versículo:

«A ésta sabiduría también pertenece no creer a cualesquiera apariencias, palabras de hombres, ni decir luego a otros lo que se oye o cree».

Y de súbito como si ocurriera algo en la calle, volviéndose hacia dentro

el Comandante se encara con el Coronel y le dice:

—Mi Coronel, perdone que le interrumpa, ¿tiene Vd. buena vista?

—¡Excelente!

—¿Buena, buena del todo?

—¡Pues no lo está Vd. viendo!

—Haga el favor de asomarse aquí, volando.

Arrimáronse todos al balcón con curiosidad y el Comandante prosiguió, señalando con el dedo al oficial que acababa de aparecer en la plaza después de dejar el sable en su sitio

—Mi Coronel: ¿vé Vd. ese oficial?

—Perfecta mente.

—¿Lleva sable?

—¡¡No lo lleva!! exclamó con voz segura el Coronel, después de mirarle por los cuatro costados.

Pero el Comandante con voz más segura todavía y con tono dogmático y definitivo, que no admitía asomo de duda, concluyó:

—Mi Coronel, ¿le parece a Vd. que no lo lleva? ¡¡¡pues lo lleva!!!

—Como no sea en cachos... en el bolsillo...

—Lo lleva entero... ¡¡¡y puesto al cinto!!!

LUIS F. DE RETANA C. SS. R.

Loa de Santa María

Alabado sea el nombre del Dios de los Fuertes, que para delectación del alma y regocijo del corazón de los hombres, en su Sábiduría Omnipotente creó y puso sobre la faz de la tierra una criatura tan llena de virtudes como Santa María, capaz por sí sola de alegrar los Cielos y la Tierra y hacer florecer con su sonrisa la primavera y calmar con su mirada las tempestades del mar,

La tierra se sonríe a su paso y los ángeles se admiran extáticos ante la más sublime humildad de la Doncella. Ella fué la que se proclamó Esclava del Señor ante el asombro de Gabriel, y su feminidad aplastó la cabeza de la serpiente.

Su figura poética se dibuja con absoluta transparencia escondiendo el significado místico de su maternidad divina. María, mujer, teje en torno de su personalidad una guirnalda tan cuajada de sublimes y melódicas estrofas, que para cantarla no hace falta alabar su santidad excelsa, y todos nos convertimos, sin sentirlo, en sus enamorados trovadores.

Poética desde su nacimiento, es la Musa que a través de toda la literatura mundial arrebatada e inspira los más bellos madrigales. Su angelical belleza: la perfección y armonía cadenciosa de sus recatados movimientos; ese trasiego de Dios que la ilumina, sobresalen con indeleble pureza y humildad al ascender las gradas del Templo donde se ofreciera al Señor Dios, su Padre, que sin dejar de serlo, se convertiría luego en su Hijo y Señor.

Esa misma delicadeza poética la vemos, Esclava del Señor, tomando estado junto al varón justo que la protegiera. Su hacienda y su casa la entretienen y deleitan, y José se siente transportado al gustar aquellos manjares pobres pero superiores al Maná por ser aderezados cuidadosamente por Ella que es toda miel y dulzura. Todo en su casa reluce al frote delicado de las palomas blancas de sus manos y cuando la necesidad les hace frente, convierte con suprema exquisitez en comfortable mansión la humilde cueva de

Belén. Y tan grato pareció al Cielo este rincón oscuro, que el mismo Dios quiso honrarle habitándolo como Hijo de María. Egloga pastoril amenizada por el Coro de Angeles que glorifican a Dios en el Cielo y en su nombre ofrecen *la paz a los hombres de buena voluntad.*

Endechas de tristeza, primeras espinas de su Corona de Dolorosa, al abandonar sus cuidados maternales y caseros para adorar la primera sangre que su Hijo derramara, primera Eucaristía, primera flor de amargura de la Madre que presiente tantas otras que han de suceder porque así lo ordena Dios. Sangre que, al correr de los años, se ha de juntar con otra igual, otra vez la Eucaristía, que brotará de los pies y de las manos y del costado abierto de su Hijo.

Poema idílico de la hacendosa mujer que cuida a su Hijo y gobierna su casa, y llora su pérdida y manifiesta su alegría al encontrarlo en el Templo. Dichosa Ella que arreglaba las cosas de su Dios y cosía la ropa, corporales hechos con sin igual mimo y cariño, y cuidaba de su substento. Y triste Ella, que en los actos más sublimes, cuajados de grandezas, veía que su Hijo no era su Hijo y era Dios, y no la llamaba Madre sino Mujer: *Mujer, aún no llegó mi hora;* le dijo un día Jesús, y Ella, con pena al verse llamada así: *Mujer,* pero queriendo defender y forzar sus prerrogativas de Madre, logra que el agua de los cántaros del convite nupcial sea convertida en vino.

Elegía triste y tremenda de la Pasión del Hijo y de la Madre. El, corona de espinas en la cabeza; Ella, en el corazón. Calle de la Amargura con el Hijo conduciendo su Cruz Sacrosanta y la madre con el alma rota y rasgada como el velo del Templo de Jerusalén poco después. Amalgama de gotas de sangre y de sudor de su Hijo y lágrimas de los ojos más bellos que mojará el llanto. *Stabat Mater dolorosa juxta crucem lacrymosa.* Y otra vez el Hijo se siente Dios, por así decirlo, en el momento más grande de la Historia, y le dice: *Mujer, ahí está tu hijo.* Y el hijo no era El; era Juan. Y se juntan en el mismo dolor de la muerte el Redentor, Jesús, y la Corredentora, Santa María...

Tristes estrofas de dolor y de melancolía, a la temprana luz de la aurora,

sola, abatida, con el Hijo muerto.

Himno triunfal al recibir la visita de su Hijo gloriosamente resucitado pregonando y demostrando su deidad...

Abranse los Cielos ante tamaña gloria y sublímesese el nombre de Santa María capaz de sufrir y de gozar de tal manera.

Mujer, bella y casta, los poetas y los místicos la llaman con los más dulces nombres: Azucena, Lirio, Rosa, Estrella... Y Dios manda a su Angel que la llame *Llena de Gracia* y el Angel le dice que el Señor *está con Ella* y la llama también *Bendita entre todas las mujeres.*

Qué grandes serían su virtud y su pureza y qué poesía no admiraría el Dios de las Vírgenes en su virginal espíritu que la glorificó escogiéndola por madre.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

LA CAPITANA DE ESPAÑA

*Esa corona de estrellas
tan relucientes y bellas
que brillan en tu cabeza
como un sol,
son el regalo preciado
que dedica a tu Pureza
la bravura del soldado
español.*

*Son doce las que relucen,
y las doce se traducen
en victorias que te ofrece
porque sí;
porque toda tu victoria
que en el Libro resplandece
de nuestra gloriosa Historia,
fué por Ti.*

*Tu fuiste y eres ahora,
de fijosdalgo Señora,
y el caballero te aclama
con ardor;
y luchan los caballeros
por su Patria y por su Dama,
y se arriesgan altaneros
por tu amor.*

*Y en su deseo vehemente
de hacerte un grato presente
digno de Ti, decidieron
como ves
irse a probar su fortuna
hasta el Africa y vencieron:
pusieron la Media Luna
a tus pies*

*Y al ver tu rostro precioso,
se acrecentó presuroso
por tu Pureza su celo
filial,
y al verte tan hechicera,
te colocaron por velo
y por manto la Bandera
Nacional.*

*Y por Ti luchan y mueren
contentos, porque te quieren;
porque saben con firmeza,
con ardor;
que cumplirás con su empeño,
en pago de su ternura,
de velar su último sueño
con amor.*

Hermenegildo RODRIGUEZ
Gijón, diciembre de 1944.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

«Fué enviado el ángel Gabriel por Dios a la ciudad de Galilea que se llamaba Nazaret, a una virgen desposada con un hombre que se llamaba José descendiente de David. La virgen se llamaba María».

Entró el ángel a donde ella estaba y dijo:

—*Salve, llena de gracia. El Señor es contigo. Bendita eres más que todas las mujeres.*

Al oír esto María se turbó.

—No temas, María. Porque has encontrado gracia delante de Dios...

María seguía asombrada y escuchaba absorta las palabras del enviado del Altísimo. Y el Ángel continuó:

—El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra...

—*Yo soy una esclava del Señor; hágase en mí según tus palabras.*

María, la joven desposada con el varón justo, constituía una familia que iba a ser el modelo que habían de contemplar las futuras generaciones. Su misión, era la que habían de llevar a cabo todas las madres en el suceder de los siglos.

Aparte de su misión santísima, de servir de medio para que el hijo de Dios tomase carne mortal, ella había de realizar esta labor extraordinaria de un modo vulgar. Lo mismo que habrían de hacer todas las madres dentro de su hogar cristiano.

Diariamente el trabajo llevará su monotonía a los pequeños quehaceres de la vida. Las atenciones de la esposa para con el esposo, la preocupación de la madre para con sus hijos, procurando la puntualidad en sus obligaciones, sin un momento de reposo, sin un desmayo, sin una queja, sin que el hastío o el desaliento quebrante su espíritu. Ocupándose de todas las cosas, sin descuidar en cada momento la educación de sus hijos, procurando su difícil limpieza, y todo ello sin que a su labor continúa, monótona, inaplazable, se le haga justicia sin que se vea en sus actos heroicidad alguna por lo intrascendentes, pero que analizados en sus detalles son el escalón glorioso por el cual paso a paso, día a día, va ascendiendo la mujer hasta la cumbre de la gloria, apreciada por Dios en la importantísima labor asignada a la mujer y adoptada por ella resignadamente a través de los siglos.

No tiene la mujer necesidad de gestos heroicos, ni actos de transcendencia; con su quehacer de cada día cumple excelentemente con el mandato de Dios.

En la vida de la Virgen de Nazaret no encontraremos ningún hecho extraordinario que haya roto la monotonía de su obligación como madre y como esposa. Solo trabajos, dolores extraordinarios, sufrimientos y resignación en todo momento. María dejaba tras de sí el ejemplo que había de ser imitado por todas las madres del mundo.

¿Cumple la mujer con su deber de madre en la vida moderna?

¿Se adapta la vida cristiana del hogar a las normas que nos ha dado el matrimonio ejemplar de María y de José?

Dura misión, pero muy importante es la que los padres y especialmente la madre ha de realizar en el hogar. Han de renunciar a muchas comodidades, a muchas distracciones y muchas horas de descanso porque los hijos reclaman cuidados que no deben descuidarse, ni aun en manos extrañas.

María, descendiente de la casa de David, sentaba los principios del hogar cristiano. Con la sencillez de las almas nobles realizaba la prosáica labor de madre, un día y otro día y así siempre, señalando con ello una norma de conducta para todas las madres de todos los tiempos.

El hogar de la familia cristiana estaba constituido.

..... *“Y por esto lo Santo que nacerá de ti será reconocido por hijo de Dios. Será grande.... y no tendrá fin su reinado.”*

Extraordinario debió de ser el sobrecoimiento de María ante el anuncio del Ángel enviado del Señor, pero sus palabras de ánimo y de seguridad en las promesas anunciadas la hizo inclinarse respetuosa a los designios del Altísimo.

Y el Espíritu Santo extendió sus alas sobre aquella azucena purísima de Nazaret y mientras el mundo rodaba indiferente por sus caminos ocurría el más importante suceso de la humanidad: *“el Verbo se hizo carne y empezó a habitar entre nosotros”*. R.

El Excmo. Sr. Obispo de Oviedo

Oficialmente ha tomado posesión de su Diócesis el Excmo. Sr. Don Benjamín de Arriba y Castro, quien al mismo tiempo que deja hondo pesar en la que fué su Sede de Mondoñedo, nos trae sabia nueva y estímulos entusiastas que nos servirán de fortaleza y de ánimo para continuar en la propagación de los ideales de la Religión y de la Patria.

Que Dios haga fructífera la misión apostólica de nuestro Prelado, Doctor Arriba y Castro, que llega a nosotros precedido de justa fama en sus actividades de Acción Católica y en lo acertado de su dirección diocesana.

Nuestro periódico testimonia su adhesión a la Jerarquía Eclesiástica de la provincia, representante de las altas autoridades de la Iglesia, solicitando su bendición para continuar esta misión de apostolado que RELIGION Y PATRIA lleva realizando desde el año de 1906.

La Dirección.

LA PUERTA SECRETA DEL CIELO

Junto al portalón de oro de la Jerusalén celestial estaba el buen San Pedro. Mañana de poco ajeteo fué aquélla. Una veintena de niños, cuarenta jóvenes que llegaron al mismo tiempo con sangre aún del campo de batalla y un grupo reducido de personas mayores, entre ellas varias viejecitas de vida larga y austera, cargada de merecimientos.

A las doce, San Pedro dejó la puerta entreabierta, se arrebujó en su amplio manto y se sentó pacíficamente en el poyo de la entrada. Antes de la hora, y cuando más tranquilo estaba, se acercó San Juan y le dijo con voz apremiante:

—Pedro, el Señor te llama.

—Ahora mismo voy—contestó al punto el santo portero.

¿Qué me querrá?, se preguntaba el apóstol mientras cerraba, cachazudo, la puerta con la gran llave que llevaba siempre colgada del cinto.

Vamos allá, Perico», dijo para sus adentros, rascándose entre tanto pausadamente la respetable calva.

Tardó bastante en llegar al elevado trono de la Augusta Trinidad.

Jesucristo se levanto al ver a su apóstol, bajó majestuosamente las gradas y le dijo:

—Pedro: desde hace tiempo veo en la Gloria muchas caras extrañas y algunas tienen una pinta infame... Eso debe obedecer a que dejas colarse a la gente sin fijarte quiénes son y sin exigirles la documentación debida.

—Señor—contestó Pedro—: os puedo asegurar, y no me toméis a tozudez esa frase, porque hace tiempo que me corregí de mi presunción, que guardo la puerta con toda escrupulosidad y cumplo fielmente las órdenes dadas; de modo que nadie entra sin que yo le vea y le examine. Cuando alguna vez echo la siesta cierro antes cuidadosamente la puerta y aprieto luego la llave entre mis manos. Creo imposible que haya nadie que se acerque a quitármela y mucho menos que la vuelva a poner donde estaba. De todas maneras, desde hoy tendré especial cuidado en esas horas y fingiré dormir durante la siesta e intentaré por todos los medios averiguar el caso.

Era una tarde ideal. San Pedro, recostado ante el portalón, aspiraba dichoso el perfume de las flores del Paraíso, cuyo aroma celestial inundaba el ambiente del Cielo y las mansiones de la Gloria. Pero San Pedro no dormía. Atento a todo movimiento, miraba con el rabillo del ojo en su derredor. Y estando así en vela, a la media hora notó que alguien abría una puerta secreta. Se fijó y vió a María que hacía girar en la cerradura una llave de oro y por la puertecilla abierta colaba amorosamente a una serie de hombres con facha de facinerosos, pero de los que se habían arrepentido a última hora gracias a las lágrimas de la Virgen.

¡Señora!—gritó San Pedro—, ¿qué me hace usted? ¿Qué gentuza está usted metiendo? ¿No ve usted que su Hijo me

regaña?

—No te preocupes, Pedro. Tú guarda aquella puerta como El te ordenó, y cuando hables con Jesús le dices que yo soy la culpable y no te reñirá.

* * *

A Pedro le faltó tiempo para justificarse ante Jesús y corrió nuevamente entre las filas de los bienaventurados para entrevistarse con su Divino Maestro.

—Señor Jesús—exclamó el apóstol inclinándose reverente.

—¿Qué te pasa, Pedro?

—Que ya averigüé... lo del coladero.

—¿Cómo ha sido?

—De nada sirve que yo guarde el portalón si hay quien cuele a los que quiere por la puerta secreta.

—Pero ¿quién la abre?

—Ayer, yo mismo lo vi, la abrió María, tu santísima Madre, con una llave que brillaba en sus manos como una ascua de oro, y metió nada menos que a diez...

—Pues entonces, Pedro, quédate tranquilo y no te preocupes, que si lo hizo mi Madre, bien hecho está.

JOSÉ LUIS PEÑUELA

Comentando

DOS CAMINOS

Viajando por esos mundos que siempre fueron de Dios y que hoy la vorágine moderna ha entregado a no se sabe quién, se aprenden muchas cosas. A mí me gusta viajar como niño y fijarme en todas las cosas como filósofo. Miró y observo, y luego analizo y escudriño. De mi libro de notas saco a relucir hoy lo que aprendí en uno de mil recientes viajes. Se trataba de la visita a uno de los lugares sagrados

que, por nuestra suerte y por don gratuito de la Providencia, tanto abundan en España. Los peregrinos, en sus visitas piadosas al Santuario del lugar, aflúan por todas partes y de todas las regiones.

Llegada la hora de comer, mi compañero y yo, pues solamente de dos se formaba la representación asturiana, fuimos con nuestra cestita a un cercano pinar, con intención de disfrutar de una comida de campo a la sombra de los árboles. Allí había una fuente de agua fresca con que aliviarnos del excesivo calor veraniego.

No estábamos solos en el pinar. Aquí y allí, otros grupos de peregrinos, se nos habían adelantado con la misma intención que nosotros teníamos. Cerca del lugar escogido, solos, cada uno en su sitio y los dos próximos entre sí y a nosotros, estaban dos hombres con la insignia de la peregrinación. Los dos tenían hambre y, previa la señal de la cruz, abrieron sus paquetes. Uno de ellos, alto, delgado, de rostro cetrino y ademanes lentos, preparó su cazuelita de verduras y patatas que degullía poco después entre pequeños sorbos de agua. Comía sin interés ninguno. El otro, gordo, rechoncho, coloradote, puso a nuestra vista la deliciosa forma de una langosta y a su lado una botellita de buen vino.

El contraste era marcadísimo y se prestaba a la meditación. Ellos mismos me ahorraron este trabajo, pues fijándose en la diferencia de sus comidas, tramaron, al poco animada conversación.

—Hermano: dijo el de las verduras. Veo que no cuidáis de la elegancia de vuestra línea. Sabéis halagar vuestro cuerpo a fe mía.

—Y vos, le contestó el mofletudo comensal, Veo que no aumentaréis mucho

vuestras escasas fuerzas con tales alimentos.

—Efectivamente. Insistió el primero. Hace tiempo que por motivos particulares he prometido a Dios penitencia y, desde entonces, me privo de comer otras cosas. La penitencia es uno de los caminos que nos llevan a Dios. Que el Señor tenga en cuenta mi sacrificio y me lo premie en la otra vida.

—Así sea; hermano. Yo, por el contrario, agradezco tanto a Dios el haber puesto en la tierra, para nuestra delectación, estos sabrosos frutos de su Omnipotencia, que me parecería darle un desprecio repudiándolos. Creo servir a Dios agradeciéndolos. Que El premie mi agradecimiento.

—También es cierto; hermano. Son los nuestros dos caminos que pueden conducirnos al mismo fin, si los sabemos andar. Solo depende de saber escoger cada uno aquél que le pueda aprovechar más espiritualmente.

Siguieron en su conversación cada vez más animados, defendiendo cada cual su punto de vista y animándose mutuamente en el servicio de Dios. Yo escuchaba y comía en silencio, mientras pensaba: He aquí dos hombres, absolutamente distintos, unidos por la misma fe y sirviendo a su Dios de dos formas antagónicas. Y después he pensado muchas veces en esto. En todos los estados y de muchas maneras se puede servir a Dios. Son muchos los caminos que siguen la dirección de los Mandamientos y todos ellos conducen a la Gloria. Para llegar al fin no hay más que saber merecerlo como los dos protagonistas de mi historia.

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO